

EDIFICIOS DE CELEBRACIÓN CRISTIANA (5)

Padre Pedrojosé Ynaraja

Conocer e interpretar el próximo pasado, resulta prácticamente imposible. Para juzgarlo se precisa suficiente perspectiva histórica. La capacidad de exagerar es una tendencia que está anclada en el interior del hombre. Estas dos circunstancias, me parece que fueron los principios que siguieron a la ya madura y casi anciana concepción de los espacios dedicados a la celebración litúrgica. A la improvisada sala del Cenáculo y a la solariega estancia de Emaús, habían seguido los espacios amplios de los domicilios que disponían de ellos. Si algo se debía preparar, poco después de este breve periodo, se hizo imitando a las sinagogas que, recuérdese, eran espacios de encuentro y oración judíos, no templos.

La arqueología reciente ha descubierto, por ejemplo en Nazaret, señales de las primitivas iglesias sinagogales, que conservarían después, las comunidades judeo cristianas. Siguieron tiempos de persecución y en los clandestinos lugares de celebración en Roma, no se pensó en orientaciones, ni estructuras peculiares. Si un lugar resultaba habitual, se decoraría, como máximo, con pinturas murales. En las catacumbas de Santa Priscila, disponemos de un claro ejemplo. Llegada la libertad, la utilización de las normas basilicales, tampoco lo exigieron.

El románico, cara a oriente siempre y ábsides al final de la nave, fueron el inicio de un cambio al poderse reunir la comunidad cristiana libremente. En embrión, avanzarían la idea de una edificación con mensaje teológico, que será, dicho sea de paso, más característico de épocas contemporáneas. El gótico exageraría la estructuración jerárquica de la comunidad, llegando a establecer espacios privilegiados y exclusivos de la clerecía. Todavía observa uno, en ciertos monasterios y abadías, amén de catedrales, espectaculares rejas de hierro forjado, que eran la frontera que los simples fieles no podían atravesar. Estos, y otros mucho detalles, irían encerrando la celebración de la liturgia y haciéndola cosa exclusiva de clérigos. El pueblo, si asistía, era en silencio, simple espectador, sin comprender el sentido de las oraciones que por cierto, se pronunciaban en una lengua que ya no era la suya.

La piedad que se había fomentado era tan divina, tan divina, que había dejado de ser humana. De manera que se juzgó y se juzga oscurantista esta etapa.

Un cambio cultural apareció de pronto, invadiendo todas las dimensiones humanas. Lo importante ya no era Dios. El ser humano era el gran protagonista. Y era creativo y no quería ajustarse a ningún molde. Tiempo después de su aparición, a este fenómeno, se le llamó renacimiento, es decir vuelta a nacer. Lo inmediatamente anterior, era mejor olvidarlo.

Y aquello fue Troya. El impacto que tuvo en la arquitectura, significó la utilización de nuevas formas, variadas y pletóricas, sin aportar elementos realmente nuevos. La línea recta del estilo basilical no se ignoró, ni la curva del románico o del gótico.

Renacía una nueva satisfacción estética. Fueron incorporándose a las columnas griegas, el retorcido propio de las llamadas salomónicas o a los retablos góticos siguieron inmensas cuadriculaciones, tan abundantes que era prácticamente imposible observarlas y recordarlas todas. Las figuras, por más que se llamaran religiosas o de santos, eran bellas madonas o atractivos varones. Lo importante era el hombre, al que se teñía de divino, si el que pagaba así lo quería. Porque una innovación propia de este tiempo, fue la aparición del mecenas, potentado, noble o eclesiástico, que protegía al artista, arquitecto, pintor o escultor, para que trabajaba para él, según sus gustos o antojos y que firmaba su creación estética, cosa que hasta entonces no ocurría.

LYON

Una ciudad bella es la que a las construcciones humanas, llámesele urbanismo si se quiere, la naturaleza la ha dotado de una corriente de agua. Si esta es mi opinión, figúrese el lector lo que pienso de Lyon, que a su vera corren dos imponentes ríos. Decir que goza de rango real no es suficiente, le doy categoría de emperador. Hay que añadir que el Saona y el padre Ródano, se dan la mano en su entorno, en la Musatère, dentro del gran complejo de la urbe.

Antiguamente, las carreteras unían núcleos urbanos, hoy los circunvalan. Así que hace años, nunca dejaba de parame frente a la "Primatial Saint Jean", cuando iba a Taizé o hacia el norte de Francia. Por aquellos tiempos, a la facilidad de parada, se le añadía la del estacionamiento. Podía sentarme un rato ante su fachada, cerrar los ojos y dejar que mi memoria y la imaginación, me hicieran presente a San Ireneo, el gran personaje.

Pienso que, ya que por internet he encontrado una breve biografía de este Padre de la Iglesia, será mejor que la copie textualmente. (No pongo el autor pues no aparece).

San Ireneo, educado en Esmirna; fue discípulo de la San Policarpo, obispo de aquella ciudad, quién a su vez fue discípulo del Apóstol San Juan. En el año 177 era presbítero en Lyon (Francia), y poco después ocupó la sede episcopal de dicha ciudad.

Las obras literarias de San Ireneo le han valido la dignidad de figurar prominentemente entre los Padres de la Iglesia, ya que sus escritos no sólo sirvieron para poner los cimientos de la teología cristiana, sino también para exponer y refutar los errores de los gnósticos y salvar así a la fe católica del grave peligro que corrió de contaminarse y corromperse por las insidiosas doctrinas de aquellos herejes.

Recibió la palma del martirio, según se cuenta, alrededor del año 200.

Primera lección que saco es que la movilidad que caracteriza a la Iglesia primitiva, resulta fructífera. Este y otros múltiples casos, lo corroboran. La tendencia a la endogamia, tan actual, no sé si dará parejos resultados.

Personalmente, gozaba también, recordando a otro personaje más próximo, contemporáneo ya, Monseñor Alfred Ancel. Fue obispo auxiliar de Lyon en aquellos tiempos en que el mundo del trabajo, con su peculiar corporativismo, se había alejado de la Iglesia. Del toque de rebato que significó para la conciencia cristiana el libro de Henri Godin "France, pays de misión?" (1943) todavía sonaba su eco, y subsistían los sacerdotes obreros, la "Mission de France" una Prelatura inicialmente personal, posteriormente, de alguna manera territorial y la "asociación de sacerdotes del Prado". Simultáneamente o como consecuencia, Gilbert Cesbron, publicó la famosa novela "los santos van al infierno" que tan bien reflejaba el ambiente. Nos contaba Monseñor Ancel que, si era pastor de sacerdotes sumergidos en el ambiente obrero, debía conocerlo también él su obispo y, en consecuencia, pidió permiso al Papa y fue durante cinco años obrero. Seguramente el único caso que se dio. Como tuvo conmigo una especial deferencia personal, le recuerdo siempre con afecto. Cuando me siento en cualquier banco cercano a la fachada, cierro los ojos y dejo que mi memoria evoque estas riquezas espirituales.

Sé que el cristianismo entró en la Galia por el gran delta del Ródano y que asentó su primera sede aquí y que aquí empezó a florecer.

Aquí se celebraron dos concilios: el 1º de Lyon. 1245 que fue el treceavo ecuménico y el 2º en 1274, que fue el catorceavo de tal rango. Y aqueí fue enterrado el rey San Luis IX, muerto en el intento de la conquista de Túnez en 1271.

Excuso decir que, por todo lo dicho su sede goza del título de Primada de las Galias, dicho de otra manera, de Francia.

En el cogollo de esta gran urbe, puede uno gozar recordando estas pasadas riquezas cristianas y otras más, que, como en el caso de Mons Ancel, continúan iluminando mi vida y las de muchos otros más. Posteriormente hay que penetrar en el recinto y dejarse arrebatar por su bella factura.

Edificado el templo a caballo del románico y el gótico, entre 1180 y 1480 y enriquecido, lo digo pese a que se trate de una cuestión técnica, con la presencia de un monumental reloj astronómico, del siglo XIV, evidentemente modificado en varias ocasiones. (Indica: la fecha, las posición de la luna, del sol y de la Tierra, además de la de las estrellas sobre Lyon. Está construido según los conocimiento de la época, en la que se creía que el sol gira alrededor de la Tierra. Sobre este reloj, una serie de autómatas se mueven varias veces al día). Pese a lo curioso de sus características, nunca me he entretenido a comprobar su funcionamiento.

Comprenderá el lector que cuando en mis visitas cierro los ojos y dejo que mi mente se maraville de tanta riqueza espiritual y estética, no soy consciente de las fechas que ahora he puesto, evidentemente las he copiado de los manuales. Sé que en esta catedral se acumulan, sin preocuparme la referencia exacta de cuando pasaron y que, por ser acontecimientos positivos de Iglesia, me exigen a mí serles solidario y continuar con mi vida, tratando de mejorar mi entorno.